

Un hombre se enfrenta de pronto a la posibilidad de su propia muerte;
un relato que muestra una nueva faceta del interesante escritor limonense.



QUINCE DUNCAN LAS MANCHAS DEL OJO

Miro el rostro del médico odiándole y escupo al suelo. Manchas indefinibles desfilan frente a mis ojos. Mi garganta, cargándose de flema despierta las náuseas que todos llevamos. Siento asco. Un asco indefinible, pero no por eso menos real.

Un hombre no invierte cuarenta años de su vida tratando de ser alguien para morir así, una muerte perfectamente natural y lógica, pero sobre todo — y eso es lo terriblemente trágico de la vida — una muerte común y corriente. Un lugar común. Porque nada de particular tiene que uno, a los cuarenta años, tenga cáncer en los huesos. Son cosas que pueden pasarle a cualquier mortal. Cuarenta años. Pero en este instante cualquiera me habría calculado doscientos.

Tengo que salir de su despreciable presencia y hallar un bar. Un cochino bar donde cualquier día uno pesca una enfermedad venérea y punto. Tengo que irme y hallar un bar. Allí van siempre los hombres que sufren, y las mujeres sin futuro.

¡Duele!

Doctor, es inútil preguntarle si está seguro, pero me hubiera gustado preguntárselo. Digo, me hubiera gustado poder decirle: “¿Doctor, está completamente seguro?” No sé explicarle por qué, pero habría sido un consuelo. ¡Dios, cómo duelen cuarenta años! Mal vividos. ¡Mal vividos mil veces! Creo que es una burla fea del destino, o de la vida, o de lo que sea. Una burla jugada a un hombre que ningún daño ha hecho a la vida.

Doctor, perdone, pero ¿está completamente seguro? Digo, uno se puede equivocar, ¿o es que los médicos no se equivocan?

Miro el rostro del médico con odio y escupo al suelo. Manchas indefinibles desfilan frente a mis ojos. Mi garganta, cargada de flema, despierta las náuseas que todos llevamos dentro. Siento un asco indefinible y ganas de hallar un bar.

Doctor, ¿no se toma un trago conmigo? No, no esperaba que aceptase mi invitación, pero tengo derecho a preguntar; después de todo, yo pago la fiesta. Y ¿sabe? en estos momentos me siento como si nadie...

Desde niño cargué esta soledad inmensa. Dios, un trago, un bar, un amigo...

“Que recite Regis. Que recite Regis. Niña, que recite Regis”. El fiel Stanford: “niña, que recite Regis”.

Los pies del niño sobre las gradas, temblorosos, su rostro sonriente, su boca entreabierta, los ojos encendidos como la luz. “Regis, Regis, Regis...” abiertos los ojos del niño, muy abiertos, sin manchas los ojos del niño. No es lo mismo estar allí, frente a los compañeros, los labios listos para hundir un poema en los oídos ansiosos de la barra, y la maestra orgullosa: “Que recite Regis”. Y Regis feliz. No es lo mismo.

Su padre salía temprano para el trabajo; su madre le escribía de vez en cuando. Sus manos pequeñas habían adquirido la manía de construir patitos. Patitos que copulaban como las gallinas y los gallos. Eran tantas horas que llenar. Tantas horas que llenar. “Que recite Regis”

“Tus ojos se abrieron como una corola de flor temprana que el viento mece”

Y el aplauso, espontáneo, sincero, como premio a su terco aplomo, a su desafío al mundo. Un reto a todas las cosas. Un grito de despecho y de autoafirmación. Sin manchas en los ojos.

—Profesor...

No, no era lo mismo. Lo uno era una sensación enfermiza, sensual. Lo otro era una vanidad y el deseo de seguir siendo. De no dejar de existir.

—Profesor...

Aferrarse a la loca ambición de traspasarlo todo, de curtir su nombre en letras de molde hasta cansarse del álbum y dejar que el mundo transcurriera como ruido de un auto lejano.

—Profesor...

—Ah, perdone Doctor, estaba pensando. ¿Decía usted?

—Y hoy, cuarenta años de barro y viento, sentado frente a un médico que hace un minuto empiezo a odiar, escucho mi sentencia de muerte y la amenaza de una larga agonía. En estos momentos es que se aprecia la utilidad de un bar. En una hora así, la iglesia no nos sirve para nada, porque no puedo pedirle al Autor de la Vida que pase una copa servida por él mismo. Pedirle que modifique sus planes sólo para no morir, cuando en el universo la muerte no tiene importancia. Lo que no perdono es la manera en que viene la muerte.

—¿Cuánto le debo, Doctor?

Pero se me ocurre que no debo tomar. La sobriedad me resultará más tolerable. A la vida le hubiera sido fácil arrebatarme el aliento cualquier día, mientras el licor nublaba mis pensamientos. Así todo hubiese sido fácil. Pero quizás sea más simple resignarse ante lo inevitable, porque es lo único seguro en la vida de todos. Sólo que no soñé, agonizando a los cuarenta años, una muerte lenta. Pero claro, comprendo muy bien: a esta edad uno es demasiado viejo para morir como héroe o mártir. Y demasiado joven para fallecer de viejo. Por eso muere de angustia, de cáncer o en un accidente de avión.

—Le haré un cheque Doctor. ¿Me está cobrando todo? ¿Está seguro que no le debo nada más?

De nada me sirven sus descuentos ahora. Acaso querrá descontar en este solo acto material, las faltas que la codicia ha acumulado sobre su cabeza. Un millón de faltas. Pecados vividos en vano, porque el pecado pierde sentido cuando el pecador se arrepiente y reniega de sus actos. No entiendo que para un hombre, ante la muerte, los servicios médicos no tienen precio. Necesito una semana de vida, y me ofrece un año. Vaya mundo irónico.

—Regis... ¡cuidado, una culebra!

Salgo a la fría calle de enero sudando. El asalto repentino del viento hace penetrar el frío en mi espina dorsal. Y sigo con esa herida vertical, recorriendo a pie la distancia entre la oficina del médico y mi casa. ¿Para qué ir al bar?

—Regis... ¡cuidado, una culebra!

La muchacha sollozaba mirando la muerte levantarse del suelo y extender su amenaza horrible sobre este muchacho de ciudad que desconocía los

pengros del campo. Le sonrió a la víbora. Era una reacción irracional ante la muerte. De todos modos no podía moverse de aquel sitio. Pero extrañamente, el animal interpretó su gesto como un deseo de reconciliación — amada a vuestros enemigos — la gana inconsciente de recobrar la amistad perdida hace tantos siglos. Silbando resignadamente su carga de mortalidad, dio vuelta para alejarse sin mirar atrás”.

—La Hora...La Hora...

—Dame La Hora. De ahora en adelante, compraré todos los periódicos.

“Regis es más valiente que vos. Se enfrentó a una culebra. Una culebrotita de este tamaño; ¡así de grande! Te lo juro; lo vi con mis propios ojos”.

—Setenta y ocho heridos fue el trágico saldo del accidente ocurrido ayer a las dos y treinta de la tarde en Quebrada Honda, al precipitarse un bus lleno de gente a un guindo. El bus transportaba a manifestantes que regresaban de una reunión política en Puriscal.

“Te lo juro, aunque no querrás creerme es cierto. Te lo juro por lo más sagrado. Le sonrió a la culebra y la culebra se fue”

—Unidad para segundas elecciones...

Avanzar sobre la calle fría hacia ningún sitio. Avanzar. Para qué ir al bar. Mi casa queda cerca pero no es sitio.

—Sin sancionar contrabandistas de Chomes.

Tanto ruido, tanta insistencia, tanta indignación y escándalo. Diputados cómplices, autoridades complacientes, y uno solo, un solo funcionario honesto que ha quedado en ridículo. Los choferes en la cárcel, y los responsables eximidos. Paso a la decadencia del sueño de viejos liberales. Costa Rica muere conmigo. La ley es el dinero. Vale la pena morir si detrás no queda nada.

La vieja casa de madera cruje bajo mis pies. Las vidrieras rayadas — Costa Rica muere conmigo — viejas paredes que se deshacen conmigo, polvo fétido que derrama en torno mío e inesperada senectud.

“Viva Costa Rica. Viva Regis. Noble Patria tu hermosa bandera”. Desde su niñez lo mismo.

Costa Rica muere conmigo, y así, no tiene importancia la muerte.

Entro a mi casa que cruje bajo mis pies. “¿Eres tú, amor?” ¿Cuándo aprenderá a hablar en tico? Tal vez iba a ser tiempo de casarme con ella. Es buena. Con su acento suramericano, y su fidelidad callada. “Apenas llegaste a tiempo. En estos momentos tengo que irme”.

No es vida la de las enfermeras. Digo, lidiar con enfermos, entrar a las diez de la noche, —hasta luego amor — salir a las diez de la noche, defenderse contra la agresión de los médicos que tienen complejo de Don Juan, y aguantar el enojo rabioso de las que, gastadas en la diaria lucha, se desquitan con sus compañeras. La vida de las enfermeras es dura como una piedra.

Y sigo solo. Demasiado solo.

“El niño se escapó con el balón y, hundiéndose en el área rival, se acercaba a la portería contraria con lucidez. Vio el rostro angustiado del portero, el silencio fatal de su momento, y disparó. El balón, elevándose en vuelo de ave, se detuvo detrás del vencido contrincante en el fondo de la red. Regis, Regis, Regis. La gloria de cada momento apuntaba fatalmente a su momento más hondo.

Sentado sobre mi cama siento el paso del frío a lo largo de la columna. Es un momento decisivo, y sudo. Alcanzo la botella de ron, pero dudo. Para qué tomarse un trago si la vida ha querido que muera sobrio. La depositó suavemente a la orilla de la cama, y estiro mi cuerpo lentamente. Tendido sobre mi espalda, miro el techo.

La lámpara, el parpadeo de la luz, las manchas en mis cansados ojos. Apago la luz; es mejor: quedo con el recuerdo de un millón de años y estas manchas incoloras que pueblan mis sentidos. La penumbra se disipa. Mis pies huelen a cuero. Afuera, el sonido veloz de una moto. Más allá un perro que ladra. Aquí, el palpitar violento del corazón que crece. De mis ojos empiezan a caer lágrimas tibias. Gotas primero, un chorro dulce, luego, que avanza hacia la oreja, buscando la almohada.

Debería vestirme y salir. Todavía puedo poseer la noche, buscar la luna entre las nubes tardías, y hacerla mía. Mis ojos arden. Mis labios han recogido del mundo toda su sequía. Me cuesta respirar. Casi no oigo. Estornudo. Bostezo. Y los sollozos me vencen totalmente, como la vez que Regis perdió aquel famoso partido y la niña le dijo que era un inútil, que nunca había servido para nada. Lloro como no lloraba desde niño.

Voy a vestirme. Voy a salir a la noche, para que el frío se cuele entre mis poros, que el silencio apague los truenos. La vida es espacio y tiempo. Sólo no tiene final lo que no tuvo principio. Que la sonrisa seque mis lágrimas. Y que la vida gire hacia la nada.